
THE HORUS HERESY
GARRO
LEGION OF ONE
James Swallow
An audio drama read by Toby Longworth



LA HEREJÍA DE HORUS

GARRO:

LA LEGIÓN DE UNO

JAMES SWALLOW

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Caballeros Grises

NATHANIEL GARRO	Primer caballero errante, antiguo Guardia de la Muerte
TYLOS RUBIO	Caballero errante bibliotecario, antiguo Ultramarine
MACER VARREN	Caballero errante, antiguo Devorador de Mundos

Personajes en la Ciudad Muerta

CERBERO	
ARCUDI	Soldado Imperial

Aquel fue una vez un rutilante imperio de un esplendor sin igual: un lugar de conocimiento, esperanza, civilización y armonía secular. El pináculo de todo logro humano, a sólo un paso de culminar el sueño eminente de su creador.

Dentro de los límites del Imperio la paz reinó y la humanidad floreció a lo largo de millones de mundos. La Gran Cruzada de los mejores guerreros de su reino —dirigidos por una hermandad de semidioses, ángeles y gigantes— había hecho retroceder la oscuridad al borde de la noche. Habían colocado las últimas piedras en el camino hacia la grandeza.

Habían luchado en nombre del día en que sus armas pudieran al fin descansar, cuando se desvelara en su totalidad el gran trabajo del Emperador.

El día en que todo cambiaría.

Pero el sueño… murió. Las voces en la oscuridad habían sembrado las semillas de la disensión y la cosecha del Caos germinó. Y en la tormenta de fuego que siguió, alimentada por viejos odios, envidias y desconfianzas, la galaxia ardió.

Moviéndose a través de las estrellas como la línea de un incendio, la rebelión del Señor de la Guerra, el traidor Horus Lupercal, proseguía su avance. Imparable, centímetro a centímetro, se acercaba cada vez más a Terra y al trono de su padre, el Emperador de la Humanidad. Paso a paso, consumiendo mundos, astillando el gran diseño imperial. Horus, primero entre sus iguales los primarcas, los hijos genéticamente forjados del Emperador, había abrazado la traición. Y en su estela nada quedaba salvo campos de batalla silenciosos y cenicientos, ahogados con los cuerpos de los muertos, mudos testigos del asesinato de la lealtad y el honor.

Aquel planeta era uno de tales lugares. Allí, los traidores habían sellado su revuelta con un acto de la mayor felonía, y habían dejado atrás el cadáver de un mundo para marcar aquel momento. Era un osario, un ascua que se enfriaba, desprendida del infierno que la había arrasado.

Nada quedaba salvo la muerte.

De los cielos tempestuosos y envenenados descendió un ave rapaz de hierro, sobrevolando rápido y bajo el ruinoso paisaje que anteriormente había sido una ciudad magnífica de altas espirales y minaretes ornamentados.

La nave, una Stormbird, era del color de los fantasmas, sin iconos ni insignias grabados sobre su casco que dieran una pista de sus orígenes. Sola en mitad de aquel paraje, tomó tierra en medio de una nube de polvo.

La rampa se abrió, y de su vientre surgieron tres guerreros. Caminaban como hombres aunque hacía décadas que habían dejado de pertenecer al común de los. Cada uno iba blindado con una servoarmadura Mark VI patrón Corvus, el equipo de combate más avanzado creado hasta el momentos para los astartes, los marines espaciales. Portaban bólteres y espadas de energía, pero no cascos: ofrecían las caras desnudas a los duros vientos. Toda insignia de rango, todo indicador de honor, legión o fidelidad estaban ausentes, salvo uno: la runa oculta en las hombreras. Un ojo estilizado micrograbado en el metal y la ceramita. La marca de Malcador el Sigilita, regente de Terra y edecán del Emperador.

—Preparad vuestras armas, hermanos. Permaneced alerta.

Aunque no lucía insignia alguna de rango, el guerrero que los lideraba habló con el tono de un comandante.

Nathaniel Garro, quien una vez fuera capitán de la Guardia de la Muerte, había abandonado a sus hermanos cuando rompieron su juramento y se unieron a Horus. Desafiando los cañones de un centenar de naves de batalla y la locura del espacio disforme, Garro había portado la noticia de la traición del Señor de la Guerra a Terra, sólo para convertirse después en un guerrero en busca de un propósito.

Parecía que hacía una eternidad de aquello. Mucho había acontecido desde entonces. Próspero. Calth. Signus Prime. Una letanía de mundos devorados por las llamas.

Pero ahora, al igual que su séquito, Garro se había convertido en un fantasma. Un caballero errante responsable de llevar a cabo las órdenes secretas del propio Malcador.

A su lado, Tylos Rubio se arrodilló y cogió un puñado de tierra, dejando después que ésta se escurriese entre los dedos de su guantelete. Alrededor de su cabeza un sutil halo de delicados circuitos cristalinos emitió un leve fulgor azulado. Era un codiciario, anteriormente un psíquico de combate al servicio de los Ultramarines. Había pasado más de un año desde que había sido reclutado por Malcador, y aún tenía que asimilar su cambio de estatus.

Rubio cerró los ojos y un temblor lo recorrió cuando permitió que sus sentidos psiónicos se extendiesen y recorrieran las ruinas que los rodeaban. Trazas invisibles de almas humanas contaminaban los alrededores, manchas dejadas en el empíreo como sombras impresas en las paredes tras una detonación nuclear.

—Este lugar… Hay tanto tormento… —dijo Rubio, sintiéndose atravesado por aquella sensación—. Y tanto pesar…

—Sabemos muy bien lo que ocurrió aquí. No hace falta que remuevas las cenizas ni el recuerdo de los muertos.

El tercer guerrero tenía el aspecto de un veterano, las cicatrices de incontables conflictos cubrían una cara como esculpida en granito. Los duros rasgos de Macer Varren eran muy similares a los de Garro, pero donde el capitán lucía un cráneo rapado y un rostro lampiño, Varren tenía una densa coleta de pelo oscuro y una barba desigual.

Como el antiguo guardia de la muerte, Varren había repudiado a sus propios hermanos después de que estos habían jurado fidelidad al Señor de la Guerra. El amo de su legión, el primarca gladiador Angron, había ordenado a su guardia personal matar a Varren por la negativa de éste a unirse al resto de los Devoradores de Mundos en su sedición. Había logrado escapar sin nada más que su vida y un corazón amargado.

Garro le había ofrecido un lugar como uno de los operativos de Malcador, pero lo cierto era que no acababa de encajar en aquel papel. Tendente a la furia como todos los Devoradores de Mundos, le costaba aceptar que había quedado alejado del tumulto de la guerra, sin posibilidad de enfrentarse a sus antiguos hermanos. Carecía del frío desapego del guarda de la muerte y del estoicismo del ultramarine.

Tras un momento, volvió la cara hacia el capitán.

—¿Por qué nos has traído aquí, Garro? ¿Qué motivo puede haber para que hayamos viajado a estos páramos malditos?

—Porque el Sigilita lo ha ordenado.

—¿Sí? Y lo habrá hecho tranquilamente, no lo dudo. Los salones del Palacio imperial están muy lejos de donde nos encontramos, hermano. Muy lejos del recuerdo de las atrocidades cometidas en este lugar.

El psíquico asintió lentamente con la cabeza.

—Sí. Aquí no percibo más que muerte. ¿Nos ha enviado aquí lord Malcador para recoger huesos y cráneos para él?

Garro aspiró profundamente e hizo un amplio ademán a su alrededor.

—Ese hedor… ¿Podéis olerlo? ¿Ese aroma en el aire, seco y acre? Cenizas humanas. Los restos de incontables cadáveres, reducidos a polvo, esparcidos al viento. Es apropiado que pongamos pie en este mundo: donde comenzó esta guerra… habrá un fin, de alguna manera.

—¿Qué quieres decir? —dijo Varren—. Las misiones que hemos completado para el Sigilita, los miembros que hemos reclutado…

Garro lo silenció alzando una mano.

—Os diré lo que lord Malcador me dijo en la Ciudadela Somnus de Luna: «Éste será el último».

Ni Varren ni Rubio alzaron la voz para cuestionarlo, ambos astartes absortos en aquellas palabras.

Aquel mundo ruinoso marcaría el fin del deber encomendado por el Sigilita. Y aún así, los tres guerreros sentían en su interior que todavía les quedaba por cumplir un deber mayor.

En la ciudad desgarrada los edificios que habían sido asolados por descargas orbitales permanecían como inmensos árboles derribados. Los pocos que habían quedado parcialmente intactos se alzaban rotos como dedos esqueléticos que intentasen arañar el cielo nublado. Abajo, en las calles semientrerradas bajo los restos de los derribos, la voz del viento era el lamento de un animal moribundo que sobre las murallas desmoronadas se convertía en un incesante torrente de polvo y grava.

Del interior de esa neblina surgió una figura revestida por una servoarmadura tan ennegrecida como dañada, moviéndose por los tejados hasta el borde de un

parapeto destruido. Abrió los brazos en toda su envergadura para abrazar aquella corriente de viento, y los jirones de su capa ondearon como unas alas desgarradas.

—¿Moriré, otra vez? ¿Un paso más, encadenado a la fuerza de la gravedad? ¿Caeré y me aplastaré sobre las piedras rotas de allí abajo? ¿Intentaré… morir de nuevo? —dejó escapar una risa breve y amarga—. Si fuera tan simple. Si sólo pudiera…

Se detuvo y se inclinó hacia adelante, casi como si fuese a retar al destino a que lo reclamase.

—No puedes llevarme. No me conoces —su voz crecía en vehemencia—. No sabes mi nombre. Yo… me he convertido en Cerbero, en can a las puertas del Infierno. Soy intocable. ¿Me oyes? ¿Me oyes?

La espada sierra a su lado estaba tan arruinada como el resto de su equipo de combate, tan rota como su mente; y aún así, como todo lo demás, todavía podía cumplir su función. Todavía podía matar.

Con un zumbido, el arma se activó.

—Esta destrucción nunca terminará. He mirado dentro de su negro corazón. He probado la sangre de una hoja en mi nacimiento. Veré como arde siempre, siempre, siempre… Porque en el futuro sólo habrá guerra. Veo la ciudad como era y como es. Un nido de traidores que cantan salmodias en la noche. Veo la luz de la locura en mis propios ojos. No conozco la cara que hay bajo mi casco. Veo a los muertos y a los muertos y a los muertos. Palacios de piedras corrompidas. Acero oxidado por el odio. Los asesinos y los asesinados. Gritando. Extendiendo su podredumbre y su veneno. Veo la marca del tres. Sé lo que significa. Si no otra cosa, al menos eso lo sé. Soy Cerbero, sí. He sido rechazado por la propia muerte. La paz de la tumba sólo será mía… cuando los platillos de la balanza se equilibren. Soy el último hombre leal en una galaxia de estrellas traidoras… El no-muerto entre los muertos. Y voy a por vosotros.

El guerrero localizó a su enemigo y saltó en el aire.

Aquellos que habían llamado hogar a aquel mundo habían sufrido su mismo destino. Oleadas de lanzas de energía, barras de bombardeos cinéticos y la liberación de armas biológicas lo habían consumido. Toda vida había sido arrancada de su superficie, desgarrada salvajemente…

Y aun así, de entre las cenizas de sus semejantes muertos, algunos lastimosos restos persistían. No se los podía llamar humanos, ya no. La fuerza que los animaba era vida, pero una nacida del horror y la pestilencia.

Los cuerpos que se habían salvado de una muerte instantánea por casualidad o por un golpe de ciega fortuna, son los que habían sufrido después una muerte lenta, vomitando sangre ennegrecida y corrupta, ahogándose en sus propios fluidos nauseabundos.

Y luego estaban los desafortunados, aquellos a los que se les había negado la clemencia de alguna muerte más rápida, aquellos cuya carne había quedado lo bastante intacta como para convertirse en anfitriones de colonias de enfermedades virulentas. Lo que quedara de quienes una vez habían sido había desaparecido: ahora no eran más que vectores de la plaga, seres de carne sin mente tambaleándose entre las ruinas.

Su llegada fue un golpe de metal y piedra agrietada cuando cayó entre ellos. El guerrero que se hacía llamar Cerbero los odiaba. Los detestaba con una pasión furiosa y malsana. Los odiaba tanto como se odiaba a sí mismo, pues como los muertos vivientes, él también había perecido y aún vivía, aunque inmune a la infección. La muerte lo había rechazado, arrojado a un lado. Así que mataría y mataría, hasta que ésta lo abrazara de nuevo.

En medio del hueco aullido de los cadáveres, Cerbero rugía.

—¡Soy la furia de la tormenta! ¡Soy la justicia! ¡Soy el desafiante y el guardián del juramento!

Y siguió segando las tristes vidas de aquellas criaturas, hasta que los restos de todas ellas quedaron esparcidos sobre el suelo y un denso silencio cayó sobre él.

—Y… estoy… solo…

En los límites de la ciudad muerta, una amplia llanura de tierra bombardeada se extendía, calcinada y rota. Los búnkeres estaban destrozados, abiertos como tumbas saqueadas; las trincheras anegadas, casi enterradas por el lodo reseco veteado de sangre.

—Este viento… —dijo Rubio—. Su sonido parece llegar hasta el tuétano.

Garro, Varren y Rubio caminaban por los bordes de los cráteres de los impactos orbitales convertidos en lagos de aguas tóxicas. Los chasis de tanques y *land speeders*, oxidados y quemados, estaban desperdigados por el silencioso campo de batalla; aquí y allá, se veían los mugrientos esqueletos de los soldados a los que se les había negado la clemencia de morir vaporizados.
—Nadie en su sano juicio puede ver esto y no pensar que es una visión del Infierno… —dijo Garro ominosamente, hablando consigo mismo.

—¿Infierno? —preguntó Varren—. No existe tal cosa, Garro. Eso es una invención de una vieja idolatría, nada más. No necesitamos un lugar de horrores más allá de la muerte. Horus ha creado uno aquí mismo, en el mundo real.

El capitán no respondió: un destello de algo dorado llamó su atención, al socaire de un transporte Rhino volcado, algo que reflejaba la tenue luz diurna. Cuando se acercó, Garro se encontró con los restos de un hombre, poco más que trazas de un uniforme gris verdoso colgadas de unos huesos ennegrecidos. Se inclinaba para observarlo mejor cuando Rubio se aproximó.

—¿Qué es eso? —preguntó el codiciario.

Con una delicadeza discorde con la masa de la mano envuelta en servoarmadura, Garro retiró un icono manchado de hollín de entre los dedos quebradizos del cadáver. Se trataba de una sencilla cadena fundida con un metal de baja pureza, de la que colgaba el águila bicéfala del Imperio. Parecía minúscula en la palma de su mano de ceramita.

—Ese uniforme… —dijo Rubio—. Era un soldado del Ejército Imperial. Un infante.

Garro sabía bien lo que aquel icono representaba. Aquel *aquila*, que no parecía más que una baratija, era un amuleto para los creyentes de una secta secreta en el Imperio. Aquellos que la portaban eran seguidores de la *Lectio Divinitatus*, y creían en la divinidad del Emperador de la Humanidad.
Aquella creencia se ocultaba entre las sombras. No había iglesias, nada más allá de los propios creyentes. El Emperador era el ser humano más poderoso que jamás había existido, un psíquico inmortal con un poder sin parangón, y quién había desmantelado toda religión existente alguna vez en la historia a favor de su gran

Imperio. Era bien sabido que el propio Emperador no deseaba ser adorado como una divinidad viva, pero sus logros le habían arrebatado la decisión: la divinidad se la habían otorgado ya quienes tenían fe en su majestad.

—El Emperador protege —susurró Garro.

La capucha psíquica de Rubio zumbó suavemente mientras examinaba al muerto.

—Esas palabras… Cuando este hombre murió fueron su último pensamiento. ¿Cómo lo sabías?

Garro frunció el entrecejo y dejó caer el icono de sus dedos.

—Eso no importa.

—¡Hermanos! —llamó Varren en la distancia—. ¡Aquí! Tenéis que ver esto.

Varren estaba en pie en el borde de cráter bajo y amplio, y cuando Garro y el psíquico se acercaron comprobaron que la tierra en su interior se había convertido en una capa de cristal translúcido por efecto de alguna tremenda descarga de calor.

—¿Una detonación de fusión, quizá? —sugirió Rubio.

Varren sostenía un pedazo de metal curvado y ennegrecido, un fragmento del que colgaban cables rotos y haces de fibras que parecían músculo. Su cara mostraba una expresión que era a la vez pesarosa e iracunda.

—Otra reliquia de los muertos que postrar a los pies del bastardo Señor de la Guerra.

Garro sintió un nudo en la garganta. El fragmento era una pieza de servoarmadura, una hombrera deformada por la onda térmica. Los colores originales de la ceramita resquebrajada eran apenas discernibles: blanco jaspeado con detalles en esmeralda oscuro. Pero fue la insignia maltrecha grabada en la pieza la que, por un instante, dejó a Garro sin voz. Allí, devolviéndole la mirada, había una calavera blanca dentro de un sol negro, el viejo emblema de la Guardia de la Muerte. Miró a su alrededor, y con un horror creciente, vio que lo que en un primer momento le habían parecido desechos de metralla eran en realidad restos de equipo de combate astartes abandonados, oxidándose, pudriéndose. Garro apretó los puños, y sintió como el reflejo de la fría furia de Varren crecía en su propio interior.

—Sé donde estamos, devorador de mundos. Este lugar… este cementerio… Aquí es donde mis hermanos perecieron bajo las órdenes de Horus Lupercal. ¡Aquí es donde murieron cuando Mortarion, mi primarca, se los entregó! —Garro apretó los dientes, triste y furioso, y respiró profundamente antes de continuar—. Dices que no deberíamos remover las cenizas de lo muertos, Varren. Te equivocas. Necesitamos oírlos. Debemos escuchar las historias de sus muertes. Y entonces, el día que el traidor Señor de la Guerra deba responder por sus actos, seremos sus voces.

El codiciario inclinó respetuosamente la cabeza en señal de aprobación cuando un suave fulgor iluminó su capucha psíquica.

—Los oigo, incluso ahora. En el borde liminal de mis sentidos, como el murmullo del viento…

Rubio no completó la frase, sino que súbitamente se giró sobre sí mismo, buscando blancos con su bólter, apuntando a la penumbra.

Salieron de la neblina cenicienta lenta y cuidadosamente, haciendo un esfuerzo fallido por no parecer asustados. Las escasas armas que empuñaban apenas habrían servido para arañar la servoarmadura de un astartes. Eran menos de veinte, un grupo desalentado y demacrado. Jóvenes y viejos, hombres y mujeres, sus cuerpos desnutridos, sus caras hundidas por el hambre y la fatiga.

—Lo sabía… —dijo Rubio—. Los he sentido…

—¿Supervivientes? —la voz de Varren estaba teñida de incredulidad—. ¿Aquí? ¡Y meros humanos! No es posible…

—Parece que sí lo es. Si lograron alcanzar algún refugio y lograron aguantar hasta que se disipasen los agentes biológicos…

Garro los interrumpió.

—No subestiméis la voluntad de vivir. No hace falta ser un astartes para poseer esa cualidad. Vosotros —dijo dirigiéndose a los supervivientes—. Bajad las armas en presencia de los astartes del Emperador o ateneos a las consecuencias.

Un anciano vestido con un raído mono del ejército dio un paso adelante e hizo un gesto a los otros para que obedeciesen la orden de Garro. Quitándose la gorra de campaña se acercó titubeando un poco más.

—¿Astartes del Emperador, habéis dicho? ¿De qué legión? Los colores no me son familiares.

—¿Te atreves a cuestionarnos? —exclamó Varren—. ¡Llevamos la marca del Sigilita!

—Todo lo que necesitáis saber es que servimos al Emperador de la Humanidad — afirmó Garro.

—¿No a Horus Lupercal?

—El desleal Horus, así como todos aquellos que permanecen a su lado, han sido declarados *excommunicatus traitoris* por el Consejo de Terra. Ahora, responded a mis preguntas. ¿Quiénes sois y cómo habéis sobrevivido al bombardeo vírico?

El hombre les dijo que su nombre era Arcudi. Había sido un capitán de la cubierta de máquinas de un titán, el *Arc Bellus*, pero aquella máquina de guerra había sido incapacitada y decapitada en los primeros momentos de la batalla contra los traidores.

Arcudi y algunos de sus hombres habían escapado a la ciudad en el momento en que comenzaba el bombardeo, refugiándose en los túneles subterráneos, descendiendo a niveles cada vez más profundos a medida que las bombas caían. Por pura suerte se habían quedado sellados allí abajo, enterrados bajo toneladas de rococemento y piedra. Muchos perecieron después durante el esfuerzo que les había supuesto excavar de nuevo hasta la superficie, y en los meses que habían pasado la batalla sobre sus cabezas había terminado y los traidores habían seguido su marcha.

—Hemos cruzado la ciudad de un lado a otro a pie, y nos ha llevado mucho tiempo. Nos movemos a la velocidad del más lento de nosotros. Hemos estado buscando una forma de huir de este mundo muerto. Una nave, si es que queda alguna intacta. Pero nuestra moral y nuestras fuerzas son cada vez más escasas. Hemos tenido que soportar tanto… Tantos horrores…

—No podemos ayudaros —lo interrumpió Varren firmemente—. Tenemos una misión que cumplir aquí.

—¿Los dejarás morir? —le preguntó Rubio.

—¡Por favor, ayudadnos! Si de verdad sois leales a Terra… Siempre he creído que el Emperador protege… el Emperador protege…

—¿Qué has dicho?

Garro se acercó a Arcudi, y el viejo se encogió de miedo. No se resistió cuando Garro le remangó la camisa. Allí, alrededor de la muñeca del soldado, había una cadena dorada con el icono de un *aquila*.
—El Emperador protege —repitió Garro como si lo musitara para sí—. En verdad lo hace. Y aquí y ahora nosotros tres somos los instrumentos de su voluntad. Vendréis con nosotros.

—Garro… Esto es un error. ¡No hemos venido aquí a rescatar a un puñado de desharrapados!

Garro dirigió a Varren una dura mirada.

—No conoces en detalle las órdenes de Malcador para esta misión, devorador de mundos. ¿O acaso crees que estás más capacitado que yo para dirigirnos?

Varren no dijo nada, pero su agria expresión dejó patente lo que pensaba.

En cierto sentido, Garro sabía que el otro astartes estaba en lo cierto, pero estaba claro que Arcudi y muchos de su grupo eran seguidores de la *Lectio Divinitatus*. Y cualquiera que fuera la misión encomendada por el Sigilita, su fe en el Emperador estaba primero.
Arcudi vio algo en sus ojos y se dirigió a él quedamente, midiendo sus palabras.

—Él os ha enviado. Hemos rezado y Él os ha enviado. En el momento en el que volvimos a ver la luz del día supe que seríamos rescatados… Si sólo pudiéramos huir de la bestia…

—¿Bestia? Explica eso.

Un terror nuevo, fuerte y profundo, reverberó en los ojos del soldado, quien dirigió una mirada temerosa sobre su propio hombro.

—Hay… un espectro que recorre las calles de la ciudad. Una cosa terrible y monstruosa. Nos ha estado persiguiendo. Yo lo he visto. Una mole enfundada en

una capa raída, apestando a sangre y muerte. Ya ha matado a muchos de nosotros, y siempre regresa una y otra vez, cada vez mermando nuestro número. Temo que acabe con nosotros antes de que logremos ponernos a salvo.

El terror de Arcudi pareció flotar en el aire como motas de polvo. Algo en su descripción llamó la atención de Garro. Cuando habló, lo hizo para que todos lo oyeran.

—Ese… espectro. Está más allá de vuestras fuerzas derrotarlo. Nosotros lo haremos en vuestro lugar. No esperaremos a su siguiente ataque. Varren, Rubio, preparaos. Daremos con esa bestia y nos enfrentaremos a ella.

—¡Todo hombre que lo ha intentado ha muerto! —exclamó Arcudi.

—Nosotros no somos hombres. Somos astartes.

En el centro de la ciudad se hallaba un edificio que una vez había desafiado la belleza de los cielos y que ahora se había colapsado sobre sí mismo, una basílica majestuosa reducida a un montículo de escombros polvorientos y vidrieras rotas. Dentro de aquella estructura derrumbada aún existían salas cavernosas, vacíos abovedados donde los pilares de mármol se habían fracturado pero no habían caído. El daño sucesivo del fuego y la lluvia ácida habían convertido aquel edificio bombardeado en un lugar peligroso. Cualquier error al dar un paso podía hacer que se desplomase alguna pared que se mantuviera precariamente en pie o abrir un agujero en el suelo en cuestión de segundos. Y aun así, el guerrero volvía a la basílica una y otra vez, atraído allí por una compulsión que no podía comprender ni resistir.

En la penumbra de aquel aire rancio, regresaba al lugar de su renacimiento. Una figura silenciosa, ataviada con una servoarmadura mellada, lo esperaba, derrumbada contra los restos derruidos de un altar.

—He vuelto, hermano. Cerbero está aquí. ¿Me responderás hoy?

Sólo se escuchaba el ruido de un goteo sobre la piedra.

Allí era donde había muerto. Allí, donde había despertado luego bajo desechos y piedra. Había sido allí, en aquel memento de una destrucción sin sentido, donde

había tenido que escarbar hasta la superficie, impulsado por una determinación que rayaba la locura.

—Si no me hablas, hermano, yo hablaré contigo. Te contaré la historia otra vez y sobrellevaré el dolor. ¿Lo recuerdas? Sé que sí. ¿Cuántas veces he de pedirte que compartas ese momento conmigo? Busco entre mis propios pensamientos pero hay… vacíos. Lugares oscuros. Esquirlas de recuerdos, duras y afiladas…

Gritó de dolor. Todo intento de recordar le provocaba una agonía como ninguna otra. Cuchillas clavándose en su mente, fuego consumiendo su alma. Y a pesar de ello luchaba por aferrar algo de aquel pasado: retazos de disparos, gritos, el ruido de espadas contra espadas, el silbido de las bombas cayendo…

—Lo veo… ¡lo veo! Tú y yo, en estas naves… Los traidores en el altar… ¡el odio que los consumía! ¡Los Poderes Ruinosos! La espada… esta espada en mi mano. ¡Para! ¡Para! ¡No lo hagas! ¡Detén tu mano! ¡No lo hagas!

Cayó de rodillas, sintiendo la miseria de aquellos momentos en un destello brutal de terrible empatía. Pero a pesar de toda la agonía sufrida, su mente fracturada no era capaz de devolverle la comprensión que tan desesperadamente deseaba. Ni un ápice de la verdad se le reveló. El precioso e intangible conocimiento de sí mismo permanecía, como siempre, más allá de su alcance.

Aquella muerte que no era muerte le había hecho aquello. La traición y el fuego, las hojas de las espadas y las bombas, las heridas que habían provocado que su espíritu se desangrara sobre aquellas piedras, perdiéndose, olvidando.

Y ahora revivía aquel momento una vez más.

—Traición… Locura y traición… El dios rojo… Y la oscuridad… la oscuridad…

Se desplomó jadeando, luchando por respirar como un hombre que se hunde en un lago. En aquella muerte fallida, el guerrero se había roto por dentro. Una parte vital de su antiguo yo había sido despedazada, sus fragmentos repartidos en el polvo.

En ruinas, había permanecido atrapado en aquella cuna el tiempo suficiente para que la guerra hubiese pasado sobre él. La línea de fuego había seguido avanzando inexorable, y lo había dejado atrás, descartado por los traidores en una tierra baldía de cenizas.

—Hermano… ¡hermano! Cada vez la muerte se acerca más, pero aún me rechaza. Tú sabes por qué. ¿No vas a decírmelo? —la furia tembló en su voz, creciente—. La muerte se te llevó… ¿por qué no a mí? ¡Por qué no a mí!

Con un estallido de rabia se arrojó a través de las baldosas fracturadas hasta donde la otra figura permanecía desplomada a los pies del altar.

—¡Respóndeme! —rugió el guerrero.

Pero no podía haber respuesta alguna. El hermano del guerrero estaba muerto, descomponiéndose, como lo llevaba haciendo desde el día en que había prendido la rebelión. Su cuello terminaba en un muñón ensangrentado, su cabeza reposaba en su regazo. Costras ennegrecidas de fluidos resecos rodeaban los pálidos labios. Unos ojos sin vida miraban a la nada en una cara consumida por las moscas y la podredumbre.

—Lo siento. Quisiera… quisiera recordar tu nombre, hermano. Por favor, perdóname…

El guerrero se miró las manos. Su cuerpo parecía desconectado de sus pensamientos, como si perteneciesen a algún otro ser. Y en ese instante, tuvo un breve atisbo de lucidez.

—¿Qué me ha pasado? ¿Qui…?

Le llegó el ruido de unas piedras removidas. Inmediatamente guardó silencio, notando el movimiento en algún lugar en el piso superior, y aquel destello de conciencia desapareció.

—¿Quién se atreve?

Se puso en pie aferrando su espada sierra.

—Intrusos…

La noche había caído sobre la fracturada línea de la ciudad, y las espirales truncadas y la torres derrumbadas se habían convertido en nidos de sombras y presencias oscuras. Acres de vacíos formados por ventanas rotas parecían mirar como ojos negros de depredadores, y el viento… el viento nunca cesaba.

—Éste es el lugar —dijo Arcudi quedamente—. La bestia está ahí.

—Estás seguro —respondió Varren secamente.

—Parecen las ruinas de algún edificio oficial… —apuntó Rubio.

Arcudi continuó, casi hablando para sí mismo.

—Vi diez hombres entrar ahí con la intención de matar a la bestia. Les oí morir apenas unos segundos después. Aquí es donde se esconde el asesino… Algunas noches el viento nos trae sus gritos.

—No es una bestia, anciano —aseguró Garro—. Pero sí un asesino.

—Sea lo que sea, no daré un paso más.

—Eso es cierto. Vuelve con el resto de tu grupo. Varren, acompáñalo.

—¿Cómo? —dijo incrédulo el devorador de mundos—. ¿Me dejas a un lado?

Los dos astartes se miraron fijamente y Garro bajó la voz.

—Te he dado una orden, hermano. Quédate aquí. Guarda a Arcudi y su gente. Permanece alerta.

—Como desees —respondió Varren hoscamente.

Cuando el astartes y el humano se alejaron, Garro se volvió hacia Rubio.

—¿Qué… ves?

Acompañado del zumbido de la capucha psíquica, la mirada del codiciario recorrió los restos desplomados del edificio, viendo más allá de las piedras, midiendo la resonancia telepática del aire que lo rodeaba.

—No estoy seguro. Las emociones saturan este sitio como un humo denso. Es difícil filtrar el ruido. Tantos han muerto aquí, hay tantas voces…

—Sólo necesito que encuentres una.

Rubio asintió y cerró los ojos y el aura de la matriz psíquica que rodeaba su cabeza comenzó a proyectar unas extrañas sombras ondulantes. Garro notó cómo el aire

se empapaba de un aroma metálico, el trazo de una huella psiónica, una brizna del *inmaterium*tiñendo el mundo real.
Observó cómo las manos del psíquico se movían como si palpase la oscuridad en busca de algo oculto. Los talentos de los telépatas, psíquicos y videntes de la disformidad siempre le habían parecido algo alienígena, incluso en los días en los que había luchado como capitán en la Gran Cruzada. Con la promulgación del Edicto de Nikea todos los psíquicos de combate —epistolarios, bibliotecarios y codiciarios— habían desaparecido de las legiones astartes. Pero como tantas otras cosas, la traición de Horus Lupercal había hecho tambalearse aquello, y aparecían grietas en órdenes que antes parecían sólidas e inquebrantables, exentas de toda excepción. Malcador el Sigilita había dado a Garro la autoridad para emplear las habilidades prohibidas de Rubio como considerara conveniente, sin censura alguna. Lo que aquello pudiera suponer para el futuro era algo que Garro sólo podía conjeturar.

El zumbido psíquico cesó.

—Algo… *alguien* está aquí con nosotros. Pero la sombra que proyecta su mente es inusual. En el pasado he leído mentes de aquellos muertos recientemente y he oído los ecos de quienes fueron una vez, como el soldado antes… Esto es lo mismo, sólo que esta mente aún vive. Es casi como si sus pensamientos estuviesen atrapados entre la vida y la muerte.
—Lo encontraremos. Sígueme.

Rubio detuvo con la mano a Garro antes de que entrara en las ruinas.

—¿Y qué vas a decirle a esta pobre alma torturada cuando la encontremos? ¿Que el Emperador protege?

—Si tienes algo que decirme, hermano, hazlo —respondió Garro secamente.

El psíquico retiró su mano pero no apartó la mirada del antiguo guardia de la muerte.

—Varren tenía razón. Arcudi y los supervivientes no son nuestra responsabilidad. Nuestro deber debe ser nuestro único objetivo. Aprendí esa dura lección cuando me reclutaste en Calth.

—He dado una orden. Lord Malcador me escogió como su *agentia primus*.

—Sí, lo hizo. Pero ésta no es la primera vez que te he oído pronunciar esas palabras, Garro. «El Emperador protege.» Tienen más sentido para ti de lo que estás dispuesto a admitir. Y esos iconos del *aquila* también. Son algo más que baratijas.
Garro no dijo nada, observando cuidadosamente al astartes más joven. ¿Estaba Rubio sondeando sus pensamientos mientras hablaban? ¿Cómo reaccionaría si supiera que Nathaniel Garro, héroe de la *Eisenstein*, elegido del Sigilita, creía en una divinidad?
El psíquico contestó aquella pregunta.

—Me importa poco lo que ocultes, Garro. Todos tenemos nuestros demonios y nuestros secretos. Pero asegúrate de que tus creencias no entran en conflicto con nuestro juramento a Malcador.

—Eso nunca pasará.

—Eso espero. Entremos entonces.

—Traidores…

El susurro de Cerbero se perdió entre el ruido del viento y el goteo del agua mientras en la distancia Garro y Rubio avanzaban cuidadosamente entre los escombros.

—Han regresado. ¿Han venido a buscarme? —una fría sonrisa cruzó su cara—. Bien, pues me encontrarán…

Garro avanzaba por la basílica derruida con *Libertas* desenvainada. Estrechaba los ojos, observando las sombras entre la piedra tallada astillada. Aquí y allá, unos pozos sin fondo se abrían como bocas a los subsuelos de aquel edifico masivo, cuyos subniveles se habían desplomado unos sobre otros. Asegurando los pies, el guerrero se asomó a una de aquellas simas apuntando con un dispositivo electromagnético. Frunció el ceño.
—Las lecturas del auspex son confusas. Los metales suspendidos en esta niebla bloquean los sensores. ¿Tienes algo, Rubio?

—Hay fantasmas en este lugar. Considérate afortunado de no poder oírlos.

—¿Qué dicen?

—Lo que todos los fantasmas. Quieren venganza.

Garro estudió al otro guerrero por un momento. No podía asegurar si el psíquico le estaba diciendo la verdad o burlándose de él. Decidió no seguir preguntando. Al girarse le pareció distinguir una silueta entre la luz fragmentada de las vidrieras y las sombras de las columnas rotas. Garro reconoció la forma familiar de una servoarmadura del patrón Maximus. Alzó su espada y dio un paso al frente.

—Tú. En pie, muéstrate.

—Sería horrible si lo hiciera, Garro. Ese ya no alberga ningún espíritu. Lleva mucho tiempo muerto.

El capitán comprobó que el psíquico tenía razón. Al acercarse pudo ver que lo que en un primer momento le había parecido una cabeza inclinada era un cuello cercenado. Apartó la mirada con disgusto. Aquella no debería ser la última imagen de un astartes.

Mientras Rubio rodeaba el altar comprobando las esquinas ocupadas por la penumbra, Garro examinó la armadura dañada. Vio las marcas de impactos y los trazos que habían dejado las hojas de espadas de energía.

—La heráldica… Se ve algo de sus colores y su insignia bajo el polvo. Este guerrero era un capitán de la XVI Legión…

—¿La XVI? —repitió Rubio sorprendido—. La legión de Horus…

Las palabras de Rubio fueron ahogadas por el ruido de los desechos y el rugido de una espada sierra en el momento en que una abominación embozada surgió de los escombros a sus pies. Apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando la hoja dentada descendió sobre él. La bloqueó con su avambrazo, la ceramita encontrándose con el tungsteno en un chorro de chispas. Rubio pudo ver durante un segundo una cara furiosa y aullante antes de que otro golpe cayera sobre él. El pomo de la espada sierra golpeó su cabeza, fracturando hueso y cristal psíquico. Se tambaleó, luchando por recuperar el equilibrio, pero aquel asalto psicótico lo sobrepasó. Vagamente fue consciente de que Garro corría en su ayuda, en el momento en que su oponente se rió y dejó caer algo de las profundidades de su capa rasgada.

—¡Granada de fragmentación! —gritó Garro.

—¡Mi tumba será la vuestra, traidores bastardos! —grito Cerbero en respuesta.

El guerrero embozado embistió a Rubio derribándolo antes de precipitarse hacia la salida. En un movimiento fluido Garro agarró la granada y la arrojó con todas sus fuerzas lejos de sí al interior de uno de aquellos negros pozos sin fondo antes de gritar a Rubio.

—¡Corre, maldita sea!

Pero era demasiado tarde.

Al fin, tras meses de lenta decrepitud, la basílica finalmente fue destruida. Se hundió sobre sí misma en una última tormenta de polvo negro, cayendo en el abismo que se había abierto bajo ella. La tierra se trago las ruinas, arrastrándola a la oscuridad.

—¡Trono y sangre! ¡Garro! ¡Rubio! —gritó Varen por el comunicador—. ¿Me oís?

El intercomunicador sólo le devolvió estática. Apuntó con su bólter la nube de polvo que pareció engullir el campamento de los supervivientes a los que vigilaba.

—¡Todos vosotros, cuerpo a tierra! ¡Cubríos la cara y no os mováis!

—Les avisé… —gimió Arcudi—. La bestia viene…

—¡Silencio, viejo!

Se oía el ondear de una tela hecha jirones, el crujido de una servoarmadura.

—¿Oyes eso? Allí, en la nube de polvo…

—¡He dicho silencio!

Apretando la mandíbula, Varren buscaba un objetivo entre la niebla, a la espera de cualquier sombra de movimiento. Todo lo demás despareció: en ese momento el destino de sus hermanos de batalla era secundario. Todo lo que importaba era el enemigo que sabía que se acercaba.

—A los traidores sólo se les paga con acero… —dijo una voz—. ¡Y vas a pagar por desafiar al Emperador!

Algo se movió, una forma como un lobo o un ave rapaz cayendo sobre su presa. Varren captó el turbio brillo de una espada sierra y abrió fuego.

—¡La bestia! —gritó Arcudi.

Cerbero cargó con un rugido y se precipitó sobre Varren.

—¡Estás muerto! ¡Todos estáis muertos!

—¡Detente! —gritó el antiguo devorador de mundos—. No puedes luchar…

—¡En el nombre del Emperador, te destruiré!

En los pozos de entrenamiento de los Devoradores de Mundos Varren había luchado contra guerreros de todo tipo, desde aquellos puros en cuerpo y alma hasta aquellos arrastrados al borde de la locura por implantes neuronales. Pero aun así la pura rabia venenosa con la que su enemigo lo atacó lo sacudió. Cualquier astartes, sin importar su legión, sin importar cuál fuese su primarca, luchaba para prevalecer y triunfar. Aquella bestia no: luchaba como un poseso, sin pretensión de supervivencia. Era todo furia. Luchaba como si ansiara el abrazo de la muerte. Pero en sus ojos había algo… algo *perdido*.
—¡Maldito seas! —gritó Varren.

—Demasiado tarde para eso…

Antes de que pudiese reaccionar Varren perdió pie y se encontró aplastado contra un pilar de piedra. El bólter se le escapó de la mano y se tambaleó aturdido por la fuerza del golpe. Se giró, alzando la guardia frente al golpe mortal que sabía que vendría a continuación, pero su enemigo se había apartado de él.

—Esto me servirá…

Cerbero recogió el bólter de Varren y lo alzó hacia Arcudi y los supervivientes.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Varren horrorizado—. ¡Son civiles!

Sin que el más mínimo destello de remordimiento cruzara su cara marcada de cicatrices, el guerrero harapiento abrió fuego.

—¡Soy Cerbero! ¡Soy el guardián de las puertas del Infierno! ¡Soy la justicia!

—¡No en este mundo! —resonó la voz de Garro—. ¡Rubio, ahora!

Un zumbido psiónico creció hasta convertirse en una descarga eléctrica. El psíquico busco en su interior la parte de su alma tocada por el *inmaterium* y convirtió aquella energía en un relámpago. Con un gesto de su mano un arco de crepitante energía blancoazulada cruzó el suelo sembrado de escombros abriendo una profunda grieta.
Cerbero gritó de dolor cuando la tierra se lo tragó.

Poco a poco el polvo de fue depositando, cubriéndolo todo con una gruesa capa de barro y cenizas. Con sus heridas enviando brutales mensajes de dolor a cada paso, Varren se acercó al borde del cráter y miró en su interior, para no ver más que sombras.

—¿Está muerto? —preguntó Garro.

—No, no veo el cuerpo. Y lo mismo podría preguntar yo de ti. Las ruinas se derrumbaron…

—Nos quedamos atrapados entre los escombros —contestó Rubio—. Mis poderes nos permitieron escapar.

—Hace falta más que un edificio derribado para acabar con un astartes. ¿Qué ha pasado aquí?

—La descarga de Rubio alcanzó a nuestro enemigo, pero el suelo bajó él se venció. Esta ciudad al completo no es más que capas y capas de ruinas, unas sobre otras.

Varren dirigió la mirada a Arcudi y el resto de supervivientes. Muchos habían muerto, otros estaban gravemente heridos. Supo sin lugar a dudas que quien se hacía llamar a sí mismo Cerbero habría acabado con todos ellos si Rubio no hubiese intervenido. Miró a Garro directamente a los ojos.

—No era ninguna bestia, capitán. Era uno de los nuestros. Un astartes, un guerrero forjado genéticamente como nosotros.

La expresión de Rubio era torva cuando también él encaró a Garro.

—Nos llamó traidores… Sólo capté un ápice de él allí abajo. Dinos la verdad, Garro. ¿Este enemigo es quien creo que es?

La expresión de Garro se endureció, y la respuesta a aquella pregunta pareció envejecerlo.

—Sí. Pero ahora veo que hemos llegado tarde. La locura lo ha consumido. Lo que ocurrió aquí… ha roto su mente. Debemos acabar con él.

—¿Qué? —preguntó Varren sin dar crédito.

—Ya has visto lo que ha hecho —le contestó Rubio—. Eligió abrir fuego sobre civiles indefensos. Ancianos. Mujeres y niños.

—¡Tú no has visto sus ojos, psíquico! No has visto lo que yo he visto… Tormento y oscuridad… ¿Tu mirada espectral no ha sido capaz de ver eso? Lo que dije antes… estaba equivocado. *Es* una bestia. Un hombre convertido en un animal. ¡Pero aún es uno de los nuestros! ¡No es un traidor!
—No pude tocar su mente —reconoció Rubio—. El tumulto aquí es demasiado fuerte, ruge como un maelstrom.

Varren agarró el brazo de Garro.

—Escúchame. Hemos perdido demasiados hermanos en este cisma, en esta maldita guerra. Si fuera un traidor lo mataría sin dudarlo un segundo… Pero no se trata de un traidor. Nuestro hermano *está perdido*. Debes…
—Debo hacer lo que debo hacer… y lo que debo hacer es ofrecerle la elección. Ese es mi deber. Y es sólo mío, Varren. Si doy una orden, se cumple. ¿Entendido?

Ambos se miraron durante una larga pausa.

—Entendido.

El alba llegó lentamente, el débil fulgor de un sol distante sólo derramaba una luz fantasmal sobre la ciudad destruida. El polvo robaba los matices de cualquier tono que no fuera gris. Las únicas machas de color eran las de los charcos que rodeaban los cuerpos de los muertos y heridos.

Mientras Garro y Varren vigilaban, Rubio caminaba entre los supervivientes, percibiendo el olor a cobre de la sangre derramada. Encontró a Arcudi vendándose una herida del brazo con una tira sucia arrancada de su propia ropa, rodeado por los escasos supervivientes.

—Puedo prestaron un botiquín. Hay vendas y…

—No, no hay… necesidad, astartes. No es nada, sólo un rasguño. No hay por qué preocuparse.

—Está bien. ¿Quizá para alguno de los otros? Veo que algunos sí que tienen necesidad de ello.

—Agradezco la oferta, pero debo rechazarla. Por favor, entiéndenos. Éste es… nuestro camino.

—¿Sangrar?

El psíquico dirigió una dura mirada al viejo: sentía el reverberar de la mentira en los pensamientos de Arcudi, aunque no podía precisar su naturaleza. Antes de que el soldado pudiera contestar Rubio se apartó de él y se dirigió a los cadáveres alineados a un lado. Se arrodilló junto a ellos siguiendo un impulso inefable, una sospecha a medias formada que se revolvía en su pecho. Con cuidado, sostuvo el brazo inerte de una mujer y apartó la manga de su camisa. Su mirada recorrió el pálido miembro hasta que dio con… algo.

—¿Qué es esto? —dijo para sí mismo.

Había contusiones y cicatrices, tal y como había esperado, pero aquella carne albergaba algo más, lesiones de un tipo que Rubio nunca había visto antes. No era un apotecario, pero había visto quemaduras radiactivas y tumores cancerosos con anterioridad. Aquellas marcas en la piel recordaban a ellas… pero fue el patrón que mostraban lo que llamó su atención. Lo que fuese que había afectado a aquella mujer muerta se manifestaba en llagas triples dispuestas casi como si se tratasen de una marca deliberada. El codiciario examinó otro de los cadáveres, y luego un tercero. Todos y cada uno mostraban aquella extraña afección, las marcas ocultas a una mirada somera.

Alzó la vista y vio a Garro aproximarse.

—Rubio, ¿qué estás haciendo?

El psíquico le mostró aquellas marcas.

—¿Alguna vez has visto algo como esto, Garro?

Antes incluso de terminar de pronunciar aquella pregunta Rubio encontró la respuesta en la expresión del otro guerrero. Repugnancia, ira, odio: todas aquellas emociones barrieron la cara de Garro en un instante.

Tras ellos, Arcudi y los otros supervivientes permanecían expectantes, mirando a los astartes.

—He visto esta marca antes, Rubio. Y es heraldo de horror y ruina.

En lo profundo de la disformidad, a bordo de la fragata *Eisenstein*, Nathaniel Garro y sus hermanos de batalla habían luchado contra seres bautizados con el signo trino. Estaban muertos, traidores de la Guardia de la Muerte, pero sus cuerpos se habían levantado, renaciendo a una pestilente nueva vida por obra de alguno de los poderes oscuros del *inmaterium*. No-muertos, reanimados por la enfermedad y un odio brutal, movidos por la corrupción. Y el mismo poder infectaba aquellas ruinas, ocultándose a plena vista.
—No debíais posar vuestros ojos sobre la marca —dijo Arcudi con voz solemne—. Pero vosotros también seréis ungidos por el Gran Padre. ¡Ha estado esperándote, Nathaniel!

Y como uno solo, todos los supervivientes alzaron sus caras y aullaron. La piel de Arcudi se licuó, desprendiéndose de su cara como una máscara de carne corrupta que se ajara a alta velocidad. A su alrededor, sus compañeros mutaban, toda su apariencia humana desmoronándose: una palidez mórbida consumió sus cuerpos, un sarpullido frenético de llagas triples los cubrió. Su disfraz se pudría, revelando su auténtica naturaleza.

Cualquiera que fuera el poder que los había mantenido al borde de la vida ahora se retiraba, acelerando su procedo de corrupción. Lo que en un momento había parecido humano ahora era un grupo de cadáveres gimientes. A su alrededor los muertos apilados comenzaron a convulsionarse y se pusieron en pie, la carne ensangrentada y desgarrada colgando de los cuerpos agujereados por el fuego de bólter.

Varren corrió junto a ellos con su arma desenvainada.

—Ese sonido…

—Están llamando a los suyos. Nos han engañado, hermanos. He sido un necio… —dijo Garro.

—¡En círculo de defensa! —gritó Rubio—. ¡Nos rodean!

—Destruid estas abominaciones. ¡En nombre del Emperador!

Al principio las criaturas sólo eran un puñado, pero poco después el aullido de incontables cadáveres respondió.

—Somos los muertos sin fin —siseó la voz de Arcudi—. Uníos a nosotros…

Salieron de cada esquina en sombras, arrastrándose de entre las ruinas, emergiendo de cada fosa común, de cada tumba inesperada. La horda de no-muertos cayó sobre ellos como una ola gimiente, amenazando con sobrepasar a los astartes por su mero número.

—Uníos a nosotros… —seguía repitiendo Arcudi.

—¡Nunca! —grito Garro, desafiante.

Libertas cortaba el aire, desprendiendo cabeza tras cabeza de aquellas cosas muertas. Pero por cada víctima de la plaga que liberaba otras tomaban su lugar. En empuje de la carne muerta los estaba haciendo retroceder, cerrándoles toda vía de escape.
Rubio descargaba sus poderes sobre la masa enemiga en forma de rayos de brillante energía, pero ni siquiera sus poderes podían contener aquella inundación de criaturas.

—No se acaban nunca…

—¿Vamos a tener que enfrentarnos a todas las víctimas de las bombas víricas? —dijo Varren—. ¿Cómo pueden haber muerto y aun así seguir viviendo?

—Cerbero… Él lo sabía —Garro apretó los dientes—. ¡No os separéis hermanos! ¡Si hemos de morir aquí, moriremos juntos!

Apenas sus palabras habían abandonado sus labios una nueva voz se unió a aquel coro de locura. Como la invocación de una criatura mítica, la mención de su nombre parecía haber atraído a Cerbero a la lucha.

—¡Os veo! ¡Vengo a por vosotros!

Se dejó caer de un edificio semiderruido en medio de la masa de no-muertos, convertido en un ciclón de dientes de espada sierra, decapitando y abriendo torsos en canal. Las monstruosidades caían a pedazos, su carne y sus extremidades esparcidas en todas direcciones.

El astartes en su ruinosa servoarmadura era un fantasma negro que luchaba como un avatar de la venganza, sin detenerse, sin retroceder, ignorando toda garra que se le clavaba, todo golpe que las criaturas descargaban sobre él, toda la sangre que goteaba de sus innumerables heridas. Seguía luchando, matando a los muertos, devolviéndolos al vacío del que habían regresado arrastrándose.

En sus ojos sólo había la concentración patológica y perfecta de un auténtico lunático.

—Su número se reduce… ¡Resistid! —ordenó Garro—. ¡Debemos sobrevivir! ¡Hemos de cumplir con nuestro deber!

—¡Son demasiados!

—¡Rubio!

—¡Varren, a su lado!

El psíquico cayó, derribado bajo el empuje de los cuerpos corruptos, desapareciendo bajo su masa muerta, mientras una miríada de dedos rematados en garras arañaba su coraza.

—¡Alejaos… de… mí!

Una oleada de energía telequinética redujo a fragmentos a las criaturas. Varren se acercó y ayudó a su camarada a ponerse en pie, mientras decapitaba con su espada de energía a los enemigos que aún se movían.

—¿Esos eran los últimos? En nombre de Terra, dime que no hay más de esos engendros podridos.

—La lucha aún no ha acabado —dijo Rubio poniéndose en pie y señalando un punto a espaldas de Varren.

—¿Garro? ¿Qué está haciendo?

La espada sierra se detuvo dejando resbalar la sangre corrompida, y las ruinas a su alrededor quedaron de nuevo envueltas en el silencio roto sólo por los vientos interminables. El guerrero que se hacía llamar Cerbero alzó la vista, su furia asesina aún vibrante, y se encontró con un astartes ataviado con una servoarmadura gris sin decoración alguna que avanzaba hacia él.

—Ya es suficiente —dijo Garro—. La lucha ha terminado. El enemigo ha sido aniquilado.

—¿Te atreves a darme órdenes? ¡Cerdo traidor! ¡Salaré la tierra con tu sangre!

—Baja el arma. No quiero luchar contra ti.

—¡Nunca! ¡No pararé jamás! ¡Soy el último hijo leal! ¡Acabaré con todo lo que Horus envíe para ponerme a prueba!

—¡Ésta es tu última oportunidad! ¡Recházala y morirás!

—¡Veremos!

Atacó, y toda la furia que hasta ese momento había demostrado se reveló como una mera chispa de la llama que lo consumía en su interior.

Sus espadas se cruzaron una y otra vez, y Garro pudo ver a aquel alma perdida como lo que de verdad era. Entre el huracán de golpes y de las chispas que arrancaban los impactos de metal contra metal, pudo percibir fragmentos del hombre atrapado bajo la locura.

Aquella lucha llevó a Garro al límite de su maestría con la espada en cada ataque y respuesta. Supo que aquel era con diferencia el enemigo más letal al que se había enfrentado en un duelo de hoja contra hoja. Cada golpe era parado, cada embestida encontraba una respuesta igual.

Guerrero contra guerrero, lucharon y lucharon. El tiempo se desvaneció hasta que sólo quedó cada momento puntual y la lucha que contenía. Lucharon sin pausa logrando heridas insignificantes, incapaces de conseguir un golpe definitivo, cada

uno igual al otro, buscando la minúscula fractura en la concentración del oponente que permitiera una estocada mortal. Las guardias de las empuñaduras se trabaron, y por un momento ambos quedaron inmóviles, meramente enfrentados músculo contra músculo.

—¡Sé lo que eres! —gruñó Cerbero con esfuerzo—. ¡Traidor! ¡Bastado!

—Yo sé lo que eres *tú*… —replicó Garro—. Eres un astartes, como yo… El hombre a quien el Sigilita me mandó encontrar…
—¡Mientes! ¡Soy Cerbero! ¡El can frente a las puertas del infierno! ¡Soy el rechazado por la muerte!

—No. Tu mente está dañada, hermano… ¡Ayúdame! Atraviesa el velo de la locura, ¡recuerda quién eres!

—¡Yo soy Cerbero!

Empujando con todo su poder, el guerrero apartó de sí a Garro y retrocedió, abriendo el espacio entre ellos. Apuntó con su espada a donde Varren y Rubio contemplaban el combate.

—¡Llama a tus hermanos bastardos si lo deseas! ¡Acabaré con todos vosotros!

—No. Esto acabará entre tú y yo.

—Morirás el primero entonces. Y ellos te seguirán.

—¡Escúchame! ¡Cerbero es un mito, el nombre de una leyenda, una historia, nada más! No es tu nombre. ¡No es quien eres!

El guerrero vaciló un instante, y Garro supo que debía aprovechar aquella oportunidad: si fallaba, la muerte sería la única conclusión de todo aquello.

—Soy Nathaniel Garro, caballero errante de Malcador el Sigilita, leal siervo del Emperador de la humanidad. Y tú…

—¿Quién soy? —susurró Cerbero.

—Tu nombre es Garviel Loken. Este mundo es Isstvan III, donde tu primarca y tus hermanos de batalla te traicionaron y donde te abandonaron para que perecieras.

—No…

—Sabes que esa es la verdad. No la has olvidado.

—No… no… ¡No!

Sus susurros se convirtieron en un grito desgarrado, y Cerbero se acercó a Garro temblando de rabia.

—¡No tengo hermanos! ¡Sólo quedan traidores! Soy… ¡soy una legión de uno, y os mataré a todos, hasta que la muerte me reclame!

—Entonces que así sea.

Garro abrió la mano, y *Libertas* cayó al suelo. Alzó la cabeza y dejó expuesta su garganta. El guerrero frente a él levantó su propia espada, dudando a punto de descargar su golpe.
—No puedo vencerte, así que no voy a oponer resistencia. Sólo puedo ofrecerte una elección, la misma a la que yo me enfrenté la primera vez que vine a este mundo. Si me matas, asesinarás a un hermano, y ese acto te convertirá en un traidor. Únete a nosotros, y prueba que aún eres leal al Emperador.

—El Emperador…

—El Emperador protege.

Tras una momento que pareció durar para siempre, la espada sierra cayó pesadamente al suelo.

—Sí —dijo Loken—. Lo hace.

Donde las espadas habían fracasado, el honor había traído la victoria. Ni siquiera los más profundos pozos de la locura podían consumir la fidelidad de un auténtico astartes.

Un hijo había sido recuperado. Una misión, cumplida.

Por el momento.

—Garro, la Stormbird está lista para despegar.

—Sí. Iré a por él.

—Te podría haber cortado en pedazos. Corriste un gran riego para salvarlo de sí mismo.

—No tenía elección, Varren. Tú tenías razón. Hemos perdido demasiados hermanos en esta guerra.

—Y aún no ha terminado —contestó Varren mientras Garro se alejaba.

—Loken, es hora de irnos.

—¿A dónde?

—A Terra. Y hacia el futuro.

Caminaron despacio hacia la nave de desembarco.

—¿Por qué vinisteis a por mí? Estaba muerto. Olvidado. ¿Por qué… traerme de vuelta?

—Eres el último, Loken. El último recluta que el Sigilita me ha mandado buscar.

—¿Y con qué propósito?

—La respuesta a esa pregunta la encontraremos juntos, hermano. Nuestra auténtica prueba empieza en este día.

FIN DEL RELATO